



# LA MONARQUÍA

## DIARIO POLITICO

AÑO III

PRECIOS DE SUSCRICION

En Ferrol, un mes, una peseta.—Provincias, trimestre, cuatro pesetas.—Ultramar y extranjero, trimestre, nueve pesetas. La correspondencia se dirigirá al Director del periódico. No se devuelven originales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: SINFORIANO LOPEZ, 158 PRAL.

FERROL: Lunes 24 de Setiembre de 1888

ANUNCIOS

La línea de una columna en la cuarta plana, cinco céntimos de peseta.—La de dos columnas doce céntimos.—En la tercera plana pagarán el doble.—A los suscriptores se les hace una rebaja de un veinticinco por cien.—Comunicados á precios convencionales.

NUM. 535

### UNA INGENIOSA INTERVIEW.

Este calificativo merece la publicada por *El Imparcial* y la cual atribuye como verificada con el eminente hombre de Estado Sr. Cánovas del Castillo.

Hay en dicha interview mucho de probable y bastantes aproximaciones; en lo que se refiere al Gobierno la realidad se sobrepone á lo imaginado.

Pero lo más extraordinario y asombroso no es la invención ni el varapalo que en ella se da á la actual situación fusionista, sino el que sea un periódico oficioso quien la publique en sus columnas y la haya redactado nada ménos que un diputado de la mayoría ministerial.

He aquí unos trozos de la ingeniosa interview:

«Cánovas.—Todo lo mal que puedo, aunque no tanto como lo merece. No recuerda la historia Gobierno alguno que haya reunido tal cúmulo de circunstancias propicias para el éxito, ni tampoco quien las haya malogrado más desastrosamente. Ha tenido en su favor nuestra actitud patriótica, la benevolencia de unos republicanos, las discordias anuladoras de los otros, la raptura de Lopez Dominguez y Romero Robledo, la disolución del carlismo y hasta una buena fortuna en las cosas que dependen del azar. ¿Y qué han hecho con todo eso? En las más altas esferas, viajes y descontentos que la prensa varias veces ha sacado á luz con menos respeto del debido; en la alta servidumbre de Palacio dimisiones vacantes y pretensiones numerosas y desmedidas; en lo económico, una división profunda de la mayoría; en lo militar, una agitación constante que aguja la lucha de intereses, todos con aspecto legítimo, y una discordia deplorable y casi imposible de pacificar; en la administración, el desbarajuste, y hasta en la justicia una ingerencia del poder político contra la cual se ha levantado la honrada voz de un veterano ilustre de la toga.

«Parece que no caben males mayores y, sin embargo, son posibles solo con que duren, porque lo que ya no puede aumentar en lo intenso, si se consigue con la prolongación...»

«Cánovas.—El cuadro no está cargado de tintas, sino de realidades. Pero con todo eso la censura, como yo la veo, no va contra el partido liberal por su condición de serlo, sino por que sus Gobiernos no gobiernan y no pueden hacerlo peor. ¿Que tienen que ver las ideas liberales ni el criterio político con la falta de dirección, el desconocimiento del país y las perturbaciones que introduce el continuo amagar con todo linaje de problemas, sin medios ni decisión para resolverlos? Supongamos que los últimos Gabinetes que padeceamos se llamaran conservadores: el Gobierno no por eso se disculpaba ni dejaría de producir el desconcierto susodicho. Antes que la división de partidos hay otra más fundamental entre los que nos ocupamos de la cosa pública, y es la de hombres que saben gobernar y hombres que sólo sirven para el desgobierno...»

«No tengo prisa por el poder. Siento como una contrariedad personal y aun política cada desierto del Ministerio que adelanta nuestra vuelta. Veo que ésta se aproxima y desearía retardarla. Y como ha de venir, al cabo, entiendo que es de alta conveniencia nacional y monárquica de los gobiernos liberales se caigan á pedazos de por sí. Convictos, como están, sus hombres de falta de condiciones para el poder, prefiero hallarlos confesos, y esto no será difícil si en las legislaturas que faltan á este Parlamento sale, como es probable, á la superficie la borrasca que hierve en el fondo.

«Yo.—De esa suerte, cree V. que las Cortes liberales tienen ante sí más de una legislación...»

«Cánovas.—¿Quién duda que eso sería lo ideal? ¿A quién se oculta la conveniencia de que el primer Parlamento del nuevo reinado cumpla toda la vida que le señala la Constitución? Yo, por mi parte, no seré quien me oponga á ese hecho, demostración del espíritu de paz que informa este período, y ejemplar precedente para las situaciones futuras. Ahora bien, si el Parlamento es disuelto antes, será su muerte debida al suicidio. Hay tales cuestiones planteadas, que me temo sucumba bajo el peso que el mismo partido liberal se ha echado encima,

«Yo.—Imagino que colocará V. en el primer término de esos conflictos el punto crudo de las reformas militares.

«Cánovas.—Lo están, sin duda. Eso no debió suscitarse nunca, sino ir paulatinamente reformando lo que ciertamente pide mejora. Pero una vez planteado, como se ha hecho, no caben expedientes dilatorios ni titubeos que á todos agitan y á nadie satisfacen. Hay que ir derechos á una solución; y empiezo á creer que mi partido y yo seremos los que hagamos las reformas militares.

«Yo.—... (Un gesto de asombro).

«Cánovas.—¿Acaso no llevé yo una transacción patriótica para que las reformas fueran un hecho? En el fondo de mis discursos no están todos los principios de esas mejoras pedidas, sin las crudezas que hieren y los inconvenientes que ha ingerido en ellas el desconocimiento de la realidad? Fijese usted en la historia y convendrá conmigo en que las grandes reformas, las que afectan á los intereses permanentes y tocan á los elementos vivos de la sociedad, si las han predicado los liberales y han tenido sus conatos de ensayarlas, sólo los partidos conservadores las han llevado á la práctica y las hicieron prender con aferradas raíces.

«Yo.—Y sobre la crisis económica, ¿que juzga usted que puede hacer el Gobierno?»

«Cánovas.—La cuestión económica no la resuelve nadie tampoco más que nosotros. Atraído el Gobierno por dos polos opuestos, girará sin descanso en la resolución, salvo que cuando esos polos se encuentren salte la chispa y sobrevenga el trueno. Más aún, espero que cuando lleguen las postimerías de la situación, un núcleo importante del partido liberal, todos los elementos que reclaman protección á la industria y á la agricultura, acostumbrados á votar con nosotros, prestarán valioso y honrado contingente á mi partido y en él ocuparán los puestos de honor que cuadre á sus merecimientos y aptitudes.»

### FOMENTO DEL ARBOLADO

Con objeto de facilitar á los particulares la adquisición de plantas y semillas, por el Ministerio de Fomento, en Real decreto que publica la *Gaceta*, se dispone la creación de 15 viveros centrales y otros tantos almacenes de semillas en las 15 inspecciones en que se considera dividida la Península é islas adyacentes para la administración de los montes públicos.

En el término de un mes cada uno de los inspectores del cuerpo de ingenieros de montes designará la provincia en que á su juicio debe establecerse el vivero y almacén poniéndolo en conocimiento de la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio, procurando aprovechar terrenos y edificios del Estado.

Las plantas y semillas se facilitarán mediante un precio módico á los particulares y municipios que las soliciten.

Las plantas no podrán permanecer en estos viveros más de tres años, y las semillas no se conservarán en el almacén más de un año.

En los meses de Julio y Diciembre se anunciará en la *Gaceta de Madrid* la cantidad y especie de plantas de que se podrá disponer en el otoño y primavera inmediatas, así como tambien las especies de semillas que hubiese en el almacén, designando los precios á que se han de ceder.

Los pedidos para otoño se harán antes de fin de Setiembre, y los de primavera en todo el mes de Enero, expresando precisamente las fechas en que se han sacar del vivero para remitirlas á su destino. Si todos los pedidos no se pudieran servir, se hará un prorrateo para que ninguno deje de recibir alguna parte.

### LA MUJER INGLESA

Las mujeres inglesas son notables por la frescura de su tez, el rubio de oro de sus cabellos, su aire decidido é intrépido y el tamaño desmesurado de sus pies, que certifican que un pie tiene doce pulgadas en Inglaterra; con tales bases es imposible dar un tropezón. No se puede perder el centro de gravedad.

Cuando son bonitas, las mujeres inglesas no tienen iguales sobre la tierra, son ánge-

les del cielo; pero con demasiada frecuencia sus fisonomías no tienen expresión, sus ojos carecen de brillo y de ese encanto que tan hechiceras hace á las mujeres españolas sus dientes son largos y salientes, y cuando bien enseñan las encías como los rinocerontes. Tienen únicamente la belleza de la juventud. Una mujer inglesa raras veces es hermosa después de los treinta. En cuanto á las mujeres de la clase baja, llevan siempre en el rostro esculpidas las miserias que pasan; son en general muy pálidas, y únicamente se les observa un tinte rojizo en la punta de la nariz.

La mujer inglesa rinde, como la francesa, asiduo culto á la moda, y conforme á ella sus líneas esculturales (generalmente angulosas) son subjetivas, pronunciadas, exageradas ó suprimidas.

En 1879 se hizo de moda el llevar protuberantes corsés. No hubo una sola mujer, aun la más delgada, que no estuviese en posición de exhibir un busto que hubiera sido un capital espléndido para una nodriza asturiana ó del valle de Pax. En los escaparates de las tiendas podían verse globos gemelos de gutta-percha ó sacos de mijo, que se anunciaban con el título de *Suplementos de belleza*.

Años después se observó que cojeaban todas las señoras que se jactaban de seguir estrictamente las modas. La razón fué una pequeña cojera de la princesa de Gales, que estaba convaleciente de un ataque de reumatismo.

En muchos puntos la mujer inglesa es superior á la española: es más natural; es menos caprichosa, y no padece con tanta frecuencia ataques de *jaqueca*. No es tan inocente como la joven española, pero en compensación es menos frívola.

Sale á la calle sin la mamá ó la doncella; os dá la mano como un hombre y os mira cara á cara sin sonrojarse. Soltera, es libre como el aire, y puede ir al teatro, á paseo ó hacer un viaje acompañada de sus amigos; es la organizadora de todas las reuniones y partidas de campo é indispensable en la sociedad. Casada, no se jacta de que domina á su marido; atiende cuidadosamente á su casa é hijos; no hace el amor á su marido, pero tampoco á los demás. Si no es más demostrativa respecto al primero, es, en gran parte, su propia falta: no permite que se le falte al respeto.

En España, los domingos después de la misa, estamos acostumbrados á ver á las señoritas dirigirse al paseo ó á los puntos más céntricos de la población para lucir un par de zapatos nuevos ó un empinado polisón.

Llevan los ojos fijos en el abanico ó en el suelo; andan á pasos cortos: es una pequeña exposición. La mamá susurra á ambos lados: «mi hija tiene estas habilidades ó tantos duros de dote.» Estos paseos domingueros, en las ciudades de provincia siempre me hacen el efecto de una feria, en que las mamás trotan á sus hijas para que la inspeccionen los aspirantes.

Ahora observad á una joven inglesa, con el cabello simplemente hecho un nudo sobre el cuello; lleva un sombrero de paja de 3 reales, ligeramente inclinado á un lado; un vestido de algodón y un par de botas de doble suela y sin tacones. Requeta en mano marcha con sus amigos y una tropa de otras muchachas, tan sencillamente vestidas como ella, á algún punto distante en el campo á jugar una partida de pelota. Al volver á casa devora su comida sin vergüenza. Lo que realiza más que la gracia y la belleza es la salud.

Verano é invierno, la mujer inglesa toma un baño frío todas las mañanas; de aquí la frescura de su complexion, su vigor y el aspecto resplandeciente de su salud.

Una joven de 15 años viaja sola. Yo conozco alguna que va de este modo á Londres desde el Norte de Escocia. En España á una señorita no se le permite ir á la tienda de enfrente á comprar un par de guantes ni acompañada de la criada.

Entre nosotros una estricta y severa vigilancia sobre los hijos y el miedo de darles demasiada libertad, engendra el deseo y el amor de lo secreto y misterioso. En la educación inglesa todo tiende á hacer á las jóvenes dueñas de su propio albedrío. Ninguna madre ó institutriz pensaría abrir una carta dirigida á su hija ó discípula; las jóvenes tienen su correspondencia privada, tan sa-

grada como la de los mayores. Las criadas no reciben propinas por llevar cartas á sus señoritas, ni éstas necesitan escribir á sus pretendientes después de media noche. La ausencia de toda sospecha destruye el encanto del misterio. La virtud brota, florece y madura debajo de los generosos rayos de la libertad y de la confianza.

Además, la mujer inglesa no teme ver ofendida su modestia á cada paso. Puede comprar un libro, un periódico y leerlos... sin tener los ojos abiertos. No tiene necesidad de ocultar su novela debajo de la almohada; puede leerla en el salón delante de sus amigos. Los periódicos satíricos están escritos para ella como para los demás. Este es el resultado de la libertad de la prensa: la opinión pública es el mejor de los censores. ¡Que diferencia en los periódicos cómicos franceses! Según ellas la *cocotte* y la mujer adúltera serían únicamente las heroínas de la sociedad francesa.

Para concluir, y para hacer comprender á nuestros lectores cuán garantida está la libertad de la mujer en Inglaterra, haremos observar que los hombres nunca usan un lenguaje reprochable entre ellos mismos, ni se permiten chistes groseros ni frases censurables en compañía de las señoritas. Además la ley impone penas severísimas á todo el que infringe las reglas de urbanidad respecto al sexo débil, y en ciertos casos aquellas llegan hasta 20 años de trabajos forzados.

88M. BARRERAS DIEZ.

### Entre comas

#### LA HONRA DE UNA MUJER

Tengo yo un amigo, del que todos nos reímos, á quien no se le conoce más oficio que el de conquistador. Como todos los Tenorios, mi amigo tiene pésima opinión de las mujeres y especialmente de las que le hacen caso.

—No cree en la inocencia sorprendida, ni en las influencias que anulan la voluntad.

La sistemática indulgencia de los Jurados franceses para las doncellas seducidas y después abandonadas, que se vengán trágicamente de sus amantes, le pone fuera de sí.

—¡Cómo!—nos decía la otra tarde estrujando de rabia un número del *Figaro*.—Se trata de una muchacha, que no es virtuosa y que se deja engañar, y porque él se niega á casarse con ella, le mata; ¡y se la absuelve! Todo esto, amigos míos, es sensiblería pura. Sólo en Francia para eso. ¡El honor de una mujer! Yo quiero que me digáis si la honra de una mujer que no sabe ser virtuosa vale la vida de un hombre.

Todos sonreíamos viéndole defender aquel absurdo, pero el pintor Wittorsky—en cuyo estudio estábamos—se creyó en el caso de contestarle como era debido.

—En mi país—dijo—se estima que la honra de una mujer vale la vida de diez hombres. Y vas á oír la sentencia que dieron mis compatriotas en una causa que á toda Polonia conmovió:

«Conoció muy pequeña á la heroína de esta triste aventura. Se llamaba Wanda Brzezinsky, y era una lindísima joven, rubia como una espiga y heredera de millones de rublos. Iba siempre vestida de un ropaje rígido y engalanada con perlas y oro, que le daban el aspecto de una Virgen. Los campesinos, teniéndola por tal, juntaban las manos al verla.

Su padre, el Conde Brzezinsky, era odiado y temido en la comarca por su crueldad con los campesinos. Poseía en feudo una treintena de aldeas, con 20.000 almas lo ménos. Y á todas estas familias había dado ocasión el Conde de maldecir su justicia. Le temían á un lobo. Su misma hija, para quien era ménos riguroso, temblaba delante de su entrecejo, siempre fruncido.

Wanda amaba á un joven oficial, noble como ella, que por la noche venía á caballo á través de los bosques, y salvando los guardas y los perros, á escalar su balcón y decirle amores hasta el alba.

Su antigua nodriza, favorecía estas inocentes citas.

Una noche que el enamorado oficial acababa de llegar junto á su idolatrada Wanda, el Conde llamó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó Wanda con voz temblorosa, mientras la nodriza escondía al oficial dentro de un cofre.

—¡Yo!—respondió el Conde,—que he soñado que estabas mala; ¡ábreme.

Entró y se sentó en el cofre. Wanda estaba tan inquieta que su padre advirtió su turbación.

—Veo que no me he equivocado—dijo.—No estás bien. Te haré compañía una parte de la noche.

Wanda elevó hacia él sus manos suplicantes. —Os equivocáis, padre mio—tartamudeó.—No





